



## ESPECIAL JÓVENES



C.S. LEWIS

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – N° 19,16 de febrero de 2014

Si alguien me hubiera preguntado hace algunos años, cuando yo aún era ateo, que por qué no creía en Dios, la respuesta espontánea hubiera estado en consonancia con la visión “pesimista de la vida”: La Tierra ha existido durante millones de años sin albergar vida alguna, y seguirá existiendo tal vez durante muchos millones más después de que la vida haya desaparecido. El único modo de sobrevivir conocido por las diferentes formas de vida consiste en atacar a las demás. En formas superiores de vida aparece la *conciencia*. Las criaturas causan dolor al nacer, viven infligiéndose dolor y mueren ». La historia de la humanidad es en gran parte una secuencia de crímenes, guerras, enfermedades y dolor.

No podía yo imaginar, sin embargo, que me fuera a plantear alguna vez una pregunta muy especial. Jamás había reparado en que la solidez de los argumentos invocados por los pesimistas planteaban un problema: **¿Cómo es posible que un universo tan malo, incluso si sólo fuera la mitad de lo que parece, haya sido atribuido constantemente por los seres humanos a la actividad de un sabio y bondadoso creador?** Tal vez los hombres sean necios, pero es difícil que su estupidez llegue hasta ese extremo. Sería erróneo responder que nuestros antepasados eran ignorantes. En aquellos lejanos siglos en que todos los hombres creían, eran conocidos ya el vacío y la extensión sobrecogedora del universo.

En todas las religiones desarrolladas descubrimos tres elementos. En el cristianismo, en cambio, hallamos uno más.

**EL PRIMERO** de ellos es lo que el profesor Otto llama experiencia de lo **NUMINOSO**, que está relacionado con la manifestación del poder divino. Al parecer, sólo hay dos puntos de vista legítimos acerca del sobrecogimiento ante lo **NUMINOSO**: o bien se trata de una peculiaridad de la mente humana sin la menor correspondencia con la realidad objetiva— pese a lo cual se muestra resistente a desaparecer de las mentes plenamente desarrolladas de poetas, filósofos o santos—, o bien consiste en una experiencia directa de la realidad sobrenatural, a la que conviene propiamente dar el nombre de **REVELACIÓN**.

**EL SEGUNDO** aspecto o elemento de la religión es **LA MORALIDAD**. Todos los seres reconocen algún tipo de *moralidad*, es decir, experimentan hacia ciertas acciones que se proponen realizar el sentimiento de «debo» o «no debo». La **MORALIDAD**, así como el temor reverencial a lo **NUMINOSO**, es un salto. Por lo demás, parece una característica singularísima difícil de pasar por alto. Los códigos morales vigentes entre los hombres pueden diferir unos de otros, pero, no son tan distintos como a menudo se afirma. Todos coinciden en prescribir un comportamiento que la mayoría no logra poner en práctica. Los hombres todos se sienten censurados de igual modo, es decir, no por códigos éticos ajenos, sino por los propios.

Todos tienen, pues, **CONCIENCIA DE CULPA**. Por lo tanto, el segundo elemento de la religión **ES LA CONCIENCIA DE UNA LEY MORAL**, aprobada una vez y luego desobedecida. Incluso dentro del paganismo y el panteísmo hace acto de presencia inevitablemente **LA MORALIDAD**; el mismo estoicismo, quiéralo o no, dobla la rodilla ante Dios. Se trata de una ilusión inexplicable o de una **REVELACIÓN**.

Seguramente sólo un pueblo, como tal pueblo, se atrevió a dar con decisión un nuevo paso, es decir el **TERCER ASPECTO**: Es decir identificar “**LO NUMINOSO**” con la **MORALIDAD**.. Me refiero, naturalmente, al pueblo judío. Todo esto no puede ser, de nuevo, sino locura o **REVELACIÓN**. De ser locura, se trata de una especie congénita al hombre de resultados extraordinariamente propicios. Y si es **REVELACIÓN**, las naciones todas son benditas real y verdaderamente en Abraham, pues fueron los judíos quienes identificaron plena e inequívocamente **AL “SEÑOR” CON LO BUENO Y CON LO JUSTO**.

**EL CUARTO ASPECTO**, singularidad y elemento conductor del cristianismo es un acontecimiento histórico. Hubo un hombre nacido entre los judíos que afirmaba ser ese **ALGUIEN, EL SEÑOR, DIOS —HIJO SUYO O «UNO CON ÉL»**— Esta escandalosa afirmación, sólo permite considerar al hombre que la dijo de uno de estos dos modos: o bien era un lunático fantaseador, o bien era —y es— exactamente lo que decía que era. No hay término medio. Y **como las evidencias de que disponemos hacen inaceptable la primera hipótesis**, resulta obligado aceptar la segunda. Mas si lo hacemos, se tornan plausibles las demás afirmaciones de los cristianos: *que el Hombre de que venimos hablando sigue viviendo después de haber sido asesinado, y que su muerte, incomprensible hasta cierto punto para el pensamiento humano, ha cambiado realmente, y de modo favorable para nosotros, nuestra relación con el «sobrecogedor» y «justo» Señor.*

El cristianismo es un acontecimiento histórico sorprendente y explosivo dentro del proceso de larga preparación espiritual de la Humanidad. Hemos recibido desde el Cristianismo **una garantía suficiente de que LA REALIDAD ÚLTIMA ES JUSTA Y AMOROSA**.

Le es posible al hombre considerar ilusoria la ley moral y separarse de ese modo del suelo común de la humanidad. Puede, en fin, negarse a identificar lo **NUMINOSO CON LO JUSTO** y seguir siendo un bárbaro que adora la sexualidad, la muerte, la fuerza de la vida o el futuro. **El precio es, no obstante, muy alto.**

Cuando llegamos al último escalón, **LA ENCARNACIÓN** en el tiempo histórico, **la garantía adquiere seguridad completa**. El relato de la Encarnación tiene una curiosa semejanza con ciertos mitos aparecidos en la religión desde el principio. Sin embargo, se distingue de todos ellos. **La Encarnación, no hubiéramos podido inventarla nosotros**. Tampoco posee la sospechosa transparencia *a priori* del panteísmo o de la física newtoniana. En cambio, tiene un rasgo característico y aparentemente arbitrario que la moderna ciencia nos ha ido enseñando lentamente a tolerar en este mundo premeditado en el que la energía está dispuesta en cantidades pequeñas imposibles de predecir, la velocidad no es ilimitada, la irreversible entropía (*desorden de un sistema*) da al tiempo una dirección real y el cosmos, que ha dejado de ser estático o cíclico, se mueve como un espectáculo dramático desde un comienzo real a un verdadero fin. Si alguna vez llegara a nosotros algún mensaje desde el corazón de la realidad, **deberíamos encontrar en él la sorpresa, la dramática e intencionada anfractuosidad (accidente no esperado en el terreno, como una oquedad o cavidad irregular) que descubrimos en la fe cristiana**. Finalmente, la Encarnación posee un toque magistral, la aspereza y el sabor viril de la realidad. Posee, pues, cualidades que, aun cuando no son obra nuestra ni están hechas por nosotros, **nos golpean en pleno rostro**. Síntesis introducción a “El problema del dolor” C.S.Lewis, Magdalen College, Oxford, 1940.

